

como la voz de Dios que publicaba la gloria de su fiel siervo. No hubo cardenal ni prelado que no quisiese besarle los pies. Colócase por entonces el precioso depósito de su cuerpo en la iglesia antigua de la casa profesa, donde fué venerado por la devocion particular de los fieles hasta el año de 1617. El día 23 de febrero del mismo año le pasaron á la sacristía de la misma casa; algunos dias despues le trasfirieron á la iglesia de Jesus, y de ésta el cardenal duque de Lerma, primer ministro de Estado de Felipe III, y nieto de nuestro Santo, logró con su autoridad y valimiento trasladarle á la corte de Madrid, donde fué colocado en la suntuosa iglesia de la casa profesa de la Compañía que el mismo cardenal habia edificado á sus espensas, celebrándose esta traslacion con grande solemnidad. Luego que el Santo fué beatificado por el papa Urbano VIII en 24 de noviembre de 1624, le escogió la villa de Madrid por su protector, juntamente con san Isidro labrador, su principal patrono: disposicion admirable de la divina Providencia para que los grandes del mundo tuviesen á la vista dos ejemplos que por caminos diferentes los enseñasen á usar cristianamente de la grandeza de la tierra: el de Isidro despreciándola teniendo delante de los ojos un pobre labrador elevado á tanta gloria; el de Borja aprovechándose de ella, con un grande de España á la vista, venerado en los altares. Aceleró mucho su canonizacion el crecido número de milagros que obró Dios por intercesion de nuestro Santo; y terminada felizmente por el papa Clemente X el año de 1671, fué solemnizada con grandes fiestas en los pueblos de España. Su fiesta se celebró al principio el día 3 de octubre; pero la trasladó y la fijó al día 10 el papa Inocencio XII.

SAN LUIS BELTRAN, CONFESOR.

EN la nobilísima ciudad de Valencia, á primero de enero de 1525, nació S. Luis Beltran para honra de su patria, provecho universal de la Iglesia, y lustre de la religion del glorioso patriarca Sto. Domingo. Fueron sus padres Juan Luis Beltran, notario, y Juana Angela Exarche, personas de mas piedad en sus costumbres, que fortuna en los bienes de este mundo. Criaron al niño con todo aquel cuidado que les sugeria el amor paternal, y mucho mas con el esmero que les dictaba la piedad cristiana. Las felices disposiciones que manifestaba desde los primeros momentos de su vida para la virtud, no permitian que fuesen infructíferas las diligencias de sus padres. Así se veia que ayudadas mutuamente la naturaleza y la educacion hacian unos progresos iguales á las es-

peranzas. Las cosas sagradas tenian para el santo niño tal atractivo y encanto, que ellas disipaban sus disgustos, acallaban sus lloros y le bañaban el rostro de alegría. Con llevarle á la iglesia ó presentarle delante de las santas imágenes de Jesus y de María se le tenia perfectamente entretenido. Con tan felices anuncios fué creciendo, y con él la virtud y la piedad, hasta que comenzó á rayar en él el uso de la razon. Entonces comenzó á verse en todo su esplendor aquella alma dichosa, á quien Dios habia prevenido con las bendiciones de su copiosa gracia.

Apenas tenia ocho años cuando anticipada una tierna devocion á la Reina de los ángeles, la rezaba diariamente su oficio. A esta oracion vocal acompañaba la contemplacion fervorosa de los divinos misterios, para lo cual se retiraba con frecuencia á los lugares mas secretos de su casa, en donde alimentaba su alma con celestiales dulzuras. Desde aquella edad comenzó á afligir su cuerpo con varios géneros de mortificaciones, unas veces ayudando á pan y agua, y otras privándose del sueño para emplearse en la oracion. Lo poco que dormia era sobre una arca ó en el duro suelo, y para que la vanidad no hallase puerta por donde entrar á su alma, cuidaba todas las mañanas de descomponer la ropa del lecho, previniendo con este santo artificio la reprension que pudieran darle sus padres. Palabras descompuestas, enredos y juegos de niños, tan frecuentes en aquella edad, jamás se vieron en nuestro Santo. En su lugar asistía á los templos, ayudaba á los sacerdotes en el santo sacrificio de la misa, manifestando en todo un juicio y cordura de anciano. Era humildísimo y obediente para sus padres; y si tal vez veia á su madre enojada por algun incidente de la casa, tomaba un libro, y leyéndola alguna cosa oportuna, desarmaba su ira, y volvía la tranquilidad á su corazon. Con este tenor de vida llegó á los quince años, redoblando de cada vez los fervores de su devocion, tanto, que juzgó su confesor que tenia el espíritu necesario para comulgar diariamente. Bien conocia el santo jóven que este era un privilegio que podia llamar hácia sí las atenciones curiosas del mundo; pero él prevenia diestramente sus censuras, variando siempre las iglesias para que no fuese su fervor conocido. Por esta causa se persuadió á que la casa de sus padres no era el lugar mas oportuno para emplearse en los ejercicios de virtud que tanto apetecia, y así pensó poner en ejecucion el consejo evangélico, que dice: *Que se olvide su pueblo y la casa de sus padres para seguir al Señor.* Mudóse, pues, el vestido, y dejando una carta escrita á su padre, en que le declaraba sus designios, salió de Valencia con ánimo de buscar algun desierto en donde con-

grarse á Dios por toda su vida. Siete leguas habria andado cuando le encontraron los emisarios que envió su padre para buscarle. Halláronle estos en traje tan devoto, y supo satisfacer á su padre con razones tan piadosas, que léjos de enojarse contra el santo mancebo, le proporcionó vestidos clericales, y le permitió la continua asistencia á los hospitales públicos, en donde consolaba y servia á los enfermos. Su espíritu fervoroso se hallaba como fuera de su elemento en aquel estado; deseaba con ansia otro de mayor perfeccion; y así se fué al prior de Sto. Domingo, que á la sazón era el maestro Fr. Jaime Ferran, quien no dudó condescender con sus deseos. Pero su padre, considerando su débil salud, se fué al prior en el mismo dia en que habia de tomar el hábito, y representándole que su hijo padecía tales enfermedades que seria á la religion gravoso, desvaneció todo el proyecto, y burló las esperanzas que Luis habia concebido. Quedó el Santo tristísimo, y acudia á Dios y á su santa Madre con oraciones y sentidas lágrimas, pidiéndoles el cumplimiento de sus votos. Contra el poder de Dios y sabias disposiciones de su providencia jamás pueden prevalecer ni las fuerzas ni la industria humana. El Señor tenia elegido á Luis para uno de los mas grandes obreros evangélicos que habia de producir la esclarecida religion de Sto. Domingo; y así, por esquisitas diligencias que hizo su padre para impedir que diese su nombre á esta sagrada milicia, todas se vieron frustradas. A 26 de agosto de 1544 tomó el hábito de Sto. Domingo, con tanto gusto del santo jóven, como pesar de su padre, cuyas miras carnales le hacian desaprobár una resolucion tan santa, que tenia todas las señales de haber sido inspirada de Dios. Luego que S. Luis se vió contado entre los hijos de Domingo, se propuso por ejemplar de su vida la de su santo patriarca y la de S. Vicente Ferrer.

Este propósito se verificó tan exactamente en todas sus acciones, que aun siendo novicio solia decir su maestro, el santo Fr. Juan Micó, que Luis habia de ser en Valencia otro S. Vicente Ferrer; dicho, que atendiendo á su virtud, y á la portentosa vida de Beltran, pudo tener todas las cualidades de profecía. Los penosos ejercicios tan frecuentes en el noviciado, la continua asistencia al coro, las ocupaciones humildes y las rigurosas penitencias, eran el centro en que descansaba Luis. Su fervor y su virtud, léjos de hallar pena en donde la encuentran los tibios, hallaba descanso y el medio de cobrar nuevos alientos. Privábase voluntariamente de la mayor parte de su comida para darla á los pobres; y con este artificio piadoso lograba á un

mismo tiempo ejercitar consigo la abstinencia, y con el prójimo la misericordia. Llegó el tiempo de la profesion, y conociendo los padres que en aquel santo mancebo adquiria la religion un rico tesoro, se la dieron con gusto. Asegurado Luis de que ya tenia un establecimiento en que podia dedicarse á Dios sin reserva alguna, comenzó á entregarse á la virtud, y con especialidad á la mortificación; de manera, que cayó en una grave enfermedad. Pero la convalecencia que fué Dios servido concederle, la empleó de nuevo en mas rigurosos ejercicios. La humildad, la obediencia, la castidad y la pobreza eran sus virtudes favoritas; pero tenialas cimentadas sobre la basa de la caridad, sin la cual sabia que no hay virtud que sea á Dios agradable. En la oracion era continuo, y era tal la alteza con que consideraba los divinos misterios, que muchas veces salia fuera de sí, y se quedaba arrobado. En estos raptos sentia tal complacencia su alma, que sin embargo de haberle destinado sus superiores á los estudios, pensó muchas veces abandonarlos para dedicarse con mayor libertad á la oracion. Pero como todas las cosas las obraba con el consejo de un director sabio y virtuoso, éste le hizo ver que aquello era una verdadera tentacion, con que pretendia el demonio impedir los progresos que en beneficio de sus prójimos podria hacer en lo sucesivo. Persuadido de esta verdad, se dedicó con el mayor ahinco al estudio de las ciencias sagradas, y en ellas hizo tales progresos, que con justicia se le podia contar por uno de los verdaderos sabios. Principalmente dedicó su atencion á las obras del grande doctor Sto. Tomás de Aquino, bien satisfecho de que en ellas encontraria un compendio luminoso de la mas pura y sana doctrina que enseñaron todos los Padres de la Iglesia. En efecto, con semejante estudio salió Fr. Luis un teólogo dogmático, capaz de enseñar al pueblo los mas difíciles misterios de la religion; un teólogo espositivo, que penetraba la medula de las Escrituras sagradas, y alimentaba con ella á los fieles, y un teólogo moral, que conocia perfectamente la rectitud ó deformidad de las acciones, para persuadirlas ó reprenderlas.

Entre tanto se llegó el tiempo en que debia ascender á la sublime dignidad del sacerdocio. La delicadeza de su conciencia le hacia mirar este ministerio tan augusto con temor y temblor; pero la obediencia por una parte, y el amor á sus prójimos por otra, dos ejes sobre que se movia su alma, le hicieron despreciar los temores. Ordenóse de sacerdote, é inmediatamente recibió, que á proporcion de la grandeza de la dignidad que habia recibido, debian ser tambien los nuevos progresos que de allí adelante hiciese en la virtud. Esta consideracion le empeñó en

mayores asperezas de vida, en nuevos ejercicios de humildad, y en una contemplación tan continua, que apenas habia momento en que no estuviese pensando en su Dios. Contento vivia fray Luis bajo del yugo de la obediencia; pero Dios, que le tenia preparado para que como antorcha despidiese de sí el resplandor de las virtudes, dispuso ponerle en el candelero de la prelación. Antes de esto fué elegido por maestro de novicios, oficio delicado, que exige gran virtud y gran prudencia para no malográr en su principio las grandes almas que lleva Dios á las religiones. Seis veces fué reelegido Fr. Luis en este empleo, prueba muy evidente de las grandes ventajas que advertian los superiores en la educación que daba á los novicios. Inspirábales una humildad profunda, el desasimiento de las cosas del mundo, la caridad fraternal, la obediencia á los prelados, la mortificación de los sentidos, y todo el cúmulo de virtudes que constituyen un verdadero religioso. Pero sus instrucciones iban precedidas de su ejemplo; tanto, que compadecido un novicio de verle verter sangre en gran copia cuando tomaba alguna disciplina, le amenazó que se lo diria al prior. Fr. Luis; temiendo mas el motivo de vanidad que de aquí podria resultarle, que la reprehension del prelado, suplicó al novicio que callase, diciéndole: «Callad, hijo, por amor de Dios, que yo me enmendaré.» Y de allí adelante juntó su mortificación con una prudente cautela. Rodeábase al cuerpo una sábana que empapase la sangre que vertia en las disciplinas, y de este modo impedía que, salpicando en las paredes, escitase la compasion de los novicios. En este ejercicio tuvo el pensamiento de dedicarse á la carrera de lector. Obtuvo patente del general para pasar al convento de S. Estéban de Salamanca; pero habiéndole asegurado el maestro Micó y otro padre muy espiritual que Dios no le llamaba por aquel camino, se volvió á Valencia, haciendo á Dios en esto mismo un agradable sacrificio, no solamente de sus comodidades, sino tambien de su sabiduría y de sus luces.

No quedaron escondidas estas bajo el medio celemin; antes bien el ensayo que de ellas habia hecho en el magisterio de novicios, dió una prueba incontestable de que eran proporcionadas para mayores empresas. Por tanto, fué nombrado por superior del convento de Albayda, en cuya prelación brillaron con nuevo resplandor cuantas virtudes hasta entonces habia adquirido. Como su corazon estaba abrasado en el amor de sus prójimos, apetecia vivamente la salvacion de estos, y la procuraba por todos los medios posibles. Uno de ellos era la predicacion que ejercia él, y hacia ejercitar á sus religiosos con conocido provecho de

cuantos les oian. Su estudio para predicar, mas que en los libros, le hacia en Jesucristo crucificado, cuya pasion sangrienta consideraba con toda la vehemencia de su alma. A este propósito solia decir, que no puede ser verdadero predicador, ni verdadero religioso, el que no tiene en su celda un Crucifijo. Así salian las palabras de su pecho encendidas de aquel fuego que le devoraba, y producian tan admirables conversiones. Igual fruto sacaba administrando el sacramento de la penitencia; y era tal la compuncion y lágrimas que inspiraba á los penitentes, que por este medio hizo abandonar á muchos su vida licenciosa, y emprender otra cristiana y arreglada. Favorecia estas operaciones el don de penetrar los secretos interiores con que Dios le habia favorecido. Entre los muchos casos que lo acreditan, se refiere, que viniendo un dia el Santo de predicar, se encontró á un pastor en el camino: trabó conversacion con él, y á pocas razones le descubrió todos los secretos de su vida distraida, y cuantos años habia que no se confesaba. Exhortóle al arrepentimiento, certificándole, que dentro de poco le llamaria Dios á juicio. Sorprendióse el pastor, y confuso y avergonzado de ver tan claramente descubiertos sus delitos, dió palabra al Santo de confesarse; y habiéndolo hecho con grande compuncion y lágrimas, le llevó Dios para sí de allí á muy pocos dias. Acabado su priorato, volvió á Valencia á ejercer el cargo de maestro de novicios, para el cual le habia dotado Dios de luces muy superiores. Pero este empleo no le impedía ejercitarse en la predicacion y en la administracion del sacramento de la penitencia. Salia frecuentemente á predicar por los lugares circunvecinos, y alguna vez á complacer la devocion de la condesa D.^a Maria de Mendoza, que residia en Concentayna. Esta señora, que tenia una virtud sólida en medio de su grandeza, hallaba mucho gusto espiritual en tener en su casa al santo Fr. Luis, cuyas conversaciones y discursos le afianzaban en la virtud, y trasformaban su casa en un convento. Cuidaba la señora de que se le pusiese un aposento bien provisto de todo; pero el Santo, que amaba mas la mortificación que todas las delicias del mundo, jamás dormia en el lecho, y segun testificaban los familiares de la condesa, jamás fueron á despertarle que no le viesén de rodillas, abismado en la contemplacion de Dios.

Tanto fuego de caridad no hallaba en España materia suficiente en que emplearse. Descaba Fr. Luis tener ocasiones de padecer grandes trabajos por amor de aquel que tantos habia padecido por la redencion del mundo. Habia deseado desde niño dar su vida por él, y nunca desistia del pensamiento de esponerla á las

mayores fatigas por la salud de sus prójimos. Agitado de estos pensamientos, oyó hablar de la necesidad que habia en las Indias de ministros evangélicos, y de la innumerable gente que por esta falta vivía sin el conocimiento de Dios, tributando adoraciones al demonio, y perdiéndose para siempre jamás. La caridad movió su corazón con los afectos de compasión y de ternura hacia aquellas gentes desventuradas, y se resolvió á darlas por su parte todo el auxilio que le fuese posible. Solicitó de su general licencia para pasar allá, y por el alto concepto que su virtud merecia, la obtuvo sin dificultad alguna. Sus amigos y parientes le representaron una multitud de dificultades, capaces de desanimar al espíritu mas alentado. Los religiosos le proponían lo largo y penoso del camino, la aspereza de las tierras en donde habia de predicar, la variedad de las lenguas, la barbarie de las gentes, y el implacable odio que profesaban á los ministros de la religion cristiana. Sus parientes, bañados en lágrimas, le oponían todas las razones que dicta la naturaleza, le acordaban los atractivos de la sangre; y últimamente, se valían de sus mismos achaques y enfermedades para persuadirle que con tan débiles fuerzas era imposible concluir una empresa tan arriesgada. El prior de Valencia y sus hermanos llegaron hasta el estremo de negarle todo auxilio para el camino, queriéndole estrechar por este medio a desistir de su proyecto. Pero nuestro Santo, lejos de hallar en todas estas razones motivos para desistir, las encontraba muy poderosas para confirmarse en sus deseos, y persuadirse á que Dios mismo se los habia inspirado. Los trabajos que le proponían halagaban el apetito de padecer por Dios. La nueva que le habian dado de que los bárbaros idólatras quitaban la vida en odio de la religion cristiana, vivificó en él la dulce esperanza de poder conseguir el martirio; y últimamente, el negarle todo auxilio humano para la comodidad de su viaje, lo reputó por un medio favorable de observar la santa pobreza que habia profesado. Así resuelto y alegre hizo una tierna plática á sus novicios, pidió perdón á los religiosos del mal ejemplo que les habia dado; y despidiéndose de ellos, se puso en camino á pié y con unas alforjillas al hombro, en donde llevaba algunos libros. Su fortaleza, no menos que su caridad, dejó admirados á todos; y viendo sus hermanos que no habia medio de detenerle, le salieron al encuentro en Játiva, y le proveyeron de dinero con que hiciese mas cómodamente su viaje. Como su salud era bastante enferma, admitió lo necesario para comprar un jumentillo, en que llegó á Sevilla. Embarcóse en esta ciudad, y aunque en el viaje se ofrecieron algunas tormentas, las calmó Dios

por sus oraciones, y llegó felizmente á Cartagena de Indias.

Su espíritu fervoroso no podia avenirse bien con el ocio, ni permanecer un instante sin emplearse en el destino que le habia hecho atravesar tantos mares. Inmediatamente solicitó de los superiores que le señalasen pueblos en donde comenzar á esparcir la semilla del Evangelio. Luego que logró este destino, comenzó á predicar y á catequizar con tal actividad, que fueron muchos los millares de indios que por su persuasión se convirtieron á la fe, solicitando con ansia el sacramento del bautismo. Ninguna dificultad podia acobardar su espíritu; ningun peligro era bastante á detenerle en su carrera, ni pudieron quebrantar su constancia los muchos ardidés de que se valió el demonio para impedir los copiosos frutos de su predicacion. Caminaba por montañas y derrumbaderos, atravesaba rios y lugares pantanosos, sufriendo con gusto hambre, sed, cansancio y todas las inclemencias de las estaciones por ganar almas á Jesucristo. En dos diferentes veces le dieron los sacerdotes de los ídolos á beber veneno, intentando de este modo quitar la vida al enemigo de sus supersticiones; pero Dios, que conocia cuan necesaria le era aquella vida preciosa á su religion sacrosanta, se la conservó milagrosamente. Advirtiéndole el Santo una vez; y sentido de no haber perdido la vida por amor de su Señor, hacia tales exclamaciones contra la ineficacia del veneno, que le habia privado de la palma del martirio, como pudiera hacer cualquiera otro contra su mismo homicida. Su predicacion era recomendada por Dios con gran multitud de milagros; los cuales, aunque bastaron para confundir la protervia de la infidelidad, no fueron suficientes para ablandar la dureza de algunos cristianos que trataban cruelmente á aquellas gentes miserables. A este propósito predicaba el Santo de continuo, exhortando á los señores y ministros á que tratasen á los indios como hermanos suyos y personas redimidas con la sangre de Jesucristo; á que templasen el rigor y ferocidad con que los castigaban; y últimamente, á que pusiesen algun término á su codicia. Estas persuasiones las confirmó en cierta ocasion con un portentoso milagro, que merece referirse. Comia el Santo en compañía de varios poderosos que oprimian á los indios con injustas contribuciones y tributos insoportables. Al tiempo que estaba con ellos á la mesa, los afeó en tono amenazador y terrible su conducta; y queriendo confirmar su predicacion con un portentó que los aterrara, tomó en sus manos el pan que estaba sobre la mesa, y esprimiéndolo, brotó sangre; y al mismo tiempo les dijo: *Esta sangre es el sudor de los pobres, ved y considerad bien de qué formais vuestro alimento.* Pero los

cristianos, menos sensibles á los prodigios que los gentiles mismos, no pusieron por esto freno ni á su crueldad, ni á su codicia, lo cual fué causa de que el Santo, horrorizado de tanto mal, tratase de volverse á España. Luego que los indios lo llegaron á saber, hicieron gran sentimiento; porque le amaban sobremanera, no menos por sus virtudes, que por los grandes dones con que Dios le habia enriquecido. Veian en él el don de lenguas, porque predicando en español, era entendido de todos los indios de cualquiera tribu ó nacion que fuesen. Veianle descubrir los secretos mas ocultos, penetrar las intenciones secretas, y hablar de lo futuro como si estuviera presente. Veian que á su voz obedecia toda la naturaleza, se ahuyentaban todas las enfermedades, y la muerte misma perdía sus derechos. Pero nada les causaba tanta admiracion, ni cautivaba tan poderosamente sus corazones como el desinterés que en él advertian. Quedábanse atónitos de verle despreciar el oro, y de que no recibia los estipendios acostumbrados por la administracion de los sacramentos. Este despego de las cosas del mundo, y la admirable castidad con que vivió, le granjeó de los indios el nombre de *fraile de Dios*, que era el modo con que le llamaban y con que esplicaban el extraordinario concepto que les habian merecido sus virtudes.

Siete años estuvo el Santo en las Indias, y en ellos son innumerables los gentiles que convirtió, y las almas que sacó de sus caminos errados. En su vuelta á España sosegó una tempestad en que todos se creian perdidos, solo con hacer la señal de la cruz sobre las encrespadas olas. Luego que llegó al puerto se encaminó para Valencia, y aunque sus frailes le recibieron con toda la veneracion debida á su santidad, el humilde Fr. Luis quiso volver al noviciado, pareciéndole que cuanto habia hecho hasta entonces era nada, y que debia principiar de nuevo su carrera. Los religiosos permitieron este desahogo á su fervor; pero conociendo sus grandes merecimientos, le hicieron prior del convento de S. Onofre, despues maestro de novicios del de Valencia, y últimamente, prior del mismo convento. En todos estos empleos se portaba con sus súbditos con el amor de un verdadero padre, y con la integridad de un hombre justo. En su interior era el último y mas despreciable de todos; pero en el exterior hacia con la severidad de sus costumbres que todos estuviesen sujetos y respetasen la ley. Promovía con sumo zelo el amor á los estudios, el ejercicio de la predicacion y la asistencia al confesionario. Estos augustos empleos sabia que no se podian ejercer dignamente sin mucha oracion, sin mucha caridad y sin mucho

retiro. Por esta causa zelaba con gran cuidado sobre que sus religiosos practicasen todas estas virtudes; y como el ejemplo del superior es el mas poderoso incentivo, él mismo iba delante con el ejemplo. Así como los virtuosos encontraban en él un padre amoroso y benéfico, de la misma manera los tibios y relajados hallaban un juez severo é inexorable; pero en los castigos que prescribia la ley hacia conocer á los culpados que los amaba como á hijos, y que su severidad no tenia otro objeto que sus culpas. Este modo de proceder le trajo grandes sinsabores, persecuciones y trabajos de parte de algunos que no podian sufrir el resplandor de tanta luz, ni acomodar sus costumbres á la rectitud que el Santo exigia. Todo lo sufrió con invencible ánimo y gran paciencia, y el mismo Dios le dió á entender en algunas visiones cuanto mas le agradaba el ver padecer á sus siervos por su amor, que aquellas virtudes que se crian á la sombra del descanso y las dulzuras. Los delicados cargos de la prelacia le traian continuamente inquieto, temiendo que entre tantas obligaciones no podría conservar la pureza de su conciencia. Era tal su temor, que algunas veces solia decir á sus religiosos que pidiesen á Dios no le cogiese la muerte mientras fuese prior, sino despues que se viese libre del cargo de almas.

Este deseo tan justo, y que manifiesta quanto temia desagradar al Señor, se lo concedió su Majestad, exonerándole de cargos tan terribles antes de llamarle á sí. Luego que se vió el Santo libre de tantos cuidados, y presintiendo que estaba cercana su muerte, comenzó á disponerse para ella con mayor fervor que el que habia observado toda su vida. Multiplicó los ayunos, las asperezas, las vigiliias, y con singularidad el ejercicio de la oracion. No salió mas del convento; asistia á todo el coro, y por mínimas que fuesen las observancias de comunidad, era el primero á ellas, sin que sirviesen de pretexto para eximirse de su cumplimiento, ni su ancianidad, ni sus achaques, ni los diferentes cargos que con tanto honor habia obtenido. Tanto fervor de espíritu no quiso Dios que careciese de recompensa aun en esta vida. Regalóle el Señor con frecuentes visiones, en que se le aparecieron unas veces S. Francisco y Sto. Domingo y otras Jesucristo y su santísima Madre. De aquí le nació aquella conformidad en las penosas enfermedades y terribles dolores que le afligieron en el último trance de su vida: de aquí le nació el consuelo de saber que estaba en gracia de Dios, y que su Majestad habia determinado llevarle para sí el dia 9 de octubre, dia de S. Dionisio Areopagita, como el Santo se lo aseguró á D. Juan de Ribera, patriarca de Valencia, un año antes de su dichoso tránsito. Y de aquí fi-

nalmente, le provino aquella fortaleza con que repetía aquellas palabras de S. Agustin: *Abrasad, Señor, aquí: cortad aquí: no perdoneis aquí, para que me perdoneis para siempre.* Estaba el Santo en una pobre cama, cubierto por todas partes de intensísimos dolores; pero su rostro alegre como el de un ángel manifestaba la tranquilidad y gozo de su corazón. Advirtiendo el arzobispo las muchas penas que le afligian, le preguntó si estaba contento en medio de tantos males como Dios había sido servido enviarle. A esta pregunta satisfizo S. Luis diciendo: *Os digo, señor, con toda verdad, que no trocaría estos dolores que padezco por todos los bienes y delicias del mundo; estoy confuso de ver cómo, siendo tan gran pecador, me hace Dios tan grandes favores.* Sin embargo de esto, su espíritu agigantado no se contentaba con las penalidades de su enfermedad, sino que quería ejercitar otras austeras penitencias. Yendo un religioso á componerle la ropa, advirtió que se había metido un ladrillo entre la túnica y la carne, para impedir de esta manera que su cuerpo pudiese tener algun reposo. Afeóselo el religioso con cariño, representándole, que estando tan enfermo y débil, podría quitarle la vida; á lo cual respondió el Santo: *¡Oh hermano, acércase ya la jornada, y se necesita mucho para ir al cielo!* Con el mismo espíritu de penitencia solicitó pocos dias antes de morir que le quitasen la camisa, y le pusiesen la túnica de lana, según el estilo de su orden. En la vispera de su muerte creyeron los religiosos que iba ya á espirar; comenzaron á decirle la recomendación del alma; pero el Santo, abriendo los ojos, les dijo: *Váyanse ahora, que tiempo tendrán de hacerlo.* Verificóse así; porque al dia siguiente llamó al arzobispo, y le dijo: *Señor, ya me muero, despidase de mí, dígame un Evangelio, y écheme su bendición.* Condescendió el venerable arzobispo, dijéronle los religiosos la recomendación del alma, y al tiempo de concluir la exhaló su purísimo espíritu, yéndose á gozar en la eternidad bienaventurada el premio de tantas virtudes. Sucedió su dichoso tránsito el referido dia 9 de octubre del año de 1581, según el mismo Santo lo había profetizado muchas veces.

Su muerte fué llorada de toda la ciudad como muerte de santo. El mismo dia en que espiró, el beato Nicolas Factor, estando en el mismo convento de Predicadores delante de muchos y muy respetables testigos se arrojó y dió testimonio de la gloria de que ya gozaba S. Luis. Viéronse tambien celestiales resplandores en su celda, sobre el convento y en otros diferentes lugares. Varias personas devotas testificaron haber oido músicas de ángeles, tanto en la iglesia al rededor de su cuerpo, como en el entierro de

los religiosos en donde fué sepultado. Toda la ciudad de Valencia se conmovió, y vinieron á venerar el sagrado cadáver, en el cual advertian un extraño resplandor y suavísima fragancia; cual convenia á la virginal pureza que había conservado toda su vida, á pesar de las esquisitas diligencias con que intentaron empañarla mujeres lascivas. Dios confirmó la santidad de su siervo con repetidos milagros: los cuales habiendo sido aprobados con la autenticidad acostumbrada, y examinadas sus virtudes en grado heroico, fué beatificado por Paulo V el año 1608, y canonizado por Clemente X en el de 1671. Su cuerpo se veneraba incorrupto en la suntuosa capilla que se le edificó en el convento de Predicadores de Valencia.

La misa es en honor de S. Francisco de Borja, y la oracion la siguiente:

Señor mio Jesucristo, ejemplo y premio de la verdadera humildad; suplicámoste que así como hiciste al bienaventurado Francisco glorioso imitador tuyo en el desprecio de los honores de la tierra, así tambien nos concedas que sigamos sus pasos en tu imitacion, y le acompañemos en tu gloria. Tú que vives y reinas, etc.

La Epistola es del cap. 45 del Eclesiástico, y la misma que el dia III, pág. 51.

REFLEXIONES.

Fué amado de Dios y de los hombres. Esta es la suerte y como la herencia de la verdadera virtud. Ama Dios á los buenos, y por estragado, por corrompido que esté el corazón humano, tambien los hombres los estiman. En este un tributo que se paga á la virtud, aunque reviente el amor propio, y á pesar de todas las pasiones que conspiran contra ella. Mientras se conserve una sola centella de razon (la que nunca se apaga totalmente) quiera ó no quiera, ha de rendir esta especie de vasallaje á la verdadera devocion; y si se ven tantos que se desenfrenan contra los hombres virtuosos, es precisamente porque no se quieren persuadir á que verdaderamente lo son. Quisieran ellos ver desterrada del mundo á la verdadera virtud, ó por lo menos que se considerase imposible su práctica para libertarse de aquellos remordimientos, de aquel vergonzoso rubor que les causa la que notan, ó no pueden menos de admirar en muchos otros con

quienes viven. Esfuérzase su mismo amor propio á persuadirlos, con artificio siempre maligno, que no es virtud verdadera la que observan en los demás; y de aquí nace aquel desbocarse, aquel desencadenarse contra todos los devotos. Tanta verdad es que la incredulidad en materia de virtud por lo regular no tiene otro principio que el despique y la disolucion. Quien formáre concepto cabal, justo y claro de la verdadera virtud, se ha de sentir forzado, por decirlo así, á respetarla, á amarla y hacerla la justicia que se merece. Acerquémonos á reconocer su verdadero retrato. Un hombre sólidamente virtuoso, un hombre que ama perfectamente á Jesucristo, es un hombre sin amor propio, sin artificio, sin ambicion. Es un hombre en todos tiempos severo consigo mismo, sin disimularse, sin perdonarse cosa alguna; y en todos suavísimo, dulcísimo con los demás, disculpando en ellos todo; honrado sin afectacion, amigo de complacer sin bajeza, servicial sin interés, exactísimo en todo sin escrúpulo, continuamente unido á Dios sin opresion, nunca ocioso, pero nunca acongojado; empleado siempre con sosiego, pero nunca distraido ni menos disipado con la multitud de los negocios: conservando siempre su corazon sereno y libre, como ocupado continuamente en el gran negocio de los negocios, que es el de la propia salvacion. Haciendo bajísimo concepto de sí mismo, reserva toda su estimacion para los demás, en quienes solo ve lo mucho bueno que tienen, y en sí solo considera lo mucho malo que le acompaña. Como solo se gobierna por máximas superiores, no cree que le agravian los que le desprecian, porque está persuadido á que los que le honran le dan lo que no le deben. En fin, es un hombre á quien siempre se le encuentra igual, como quien tiene todo lo que quiere, porque no quiere mas que lo que tiene. Siempre contento, siempre tranquilo y siempre del mismo humor, sin que los sucesos prósperos le engrian ni los adversos le abatan, sabiendo muy bien que unos y otros vienen de la misma mano; y como la única regla de su conducta es la voluntad de Dios, hace siempre lo que Dios quiere, y quiere siempre lo que Dios hace. Este fué el santo cuya fiesta se celebra hoy.

El Evangelio es del capitulo 19 de S. Mateo, y el mismo que el día III, pág. 53.

MEDITACION.

De la verdadera mortificacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la mortificacion es tan nece-

saria para amar verdaderamente á Jesucristo, como que es la primera leccion que da el mismo Cristo á los que quieren ser sus discípulos, y sin ella no hay que pensar en serlo. *Si alguno quisiere venir en pos de mí, dice el mismo amable Salvador, nieguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame.* Las señales mas seguras de sólida virtud que dan los santos es la perfecta mortificacion; no solo porque no hay virtud que pueda conservarse largo tiempo sin una generosa y constante mortificacion, sino porque sin mortificacion no hay verdadera virtud. Nacemos todos con tanta propension al mal; fortificanse, y aun se multiplican nuestras pasiones con los años; engañannos los sentidos; y siempre de inteligencia con aquellos enemigos domésticos, sin cesar nos están armando lazos que el amor propio solicita ocultar para que no los descubramos. Vémonos precisados á desconfiar de nuestro mismo corazon; todo parece que conspira en nuestra pérdida, todo nos hace traicion. Solamente la mortificacion del alma y cuerpo, de potencias y sentidos puede enflaquecer las fuerzas de tanto enemigo poderoso. Ella es el antídoto, el preservativo contra el veneno preparado que se bebe sin advertirlo. Es verdad que solamente la gracia puede desarmar tan poderosos enemigos; pero no es menos verdad que será poco eficaz la gracia mientras dejemos á las pasiones, al amor propio y á los sentidos entera libertad para apacentarse y para satisfacerse. Es preciso macerar el cuerpo, mortificar los sentidos, sujetar las pasiones; es menester dejarlas sin fuerzas para ponerse en defensa. En estando sujetos los sentidos, nunca están libres las pasiones. Son muy débiles sus asaltos cuando no las sostiene el amor propio. En estando bien domada la carne, fácilmente se reprime su alboroto; especialmente cuando el entendimiento y el corazon no están de acuerdo con los movimientos sediciosos. Tienen poca fuerza los auxilios de la vigilancia y de la oracion de un hombre inmortificado.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que hasta los mismos santos, aun con todo el ejercicio de la mas austera mortificacion, aun en medio del mayor recogimiento, aun armados con todos los instrumentos de la mas rigida penitencia; todavía tienen mucho que velar, mucho que orar, mucho que combatir para no ser vencidos; ¿pues cómo se ha de conservar por mucho tiempo inocente un hombre inmortificado, un hombre sensual, un hombre esclavo de sus pasiones, y dominado de sus sentidos? ¿cómo ha de salir victorioso? Concíbese la mortificacion como una virtud que solo habla con los perfectos, ó á lo más como una virtud